

que esta influencia les había impedido saciar todas sus pasiones, y no querían volver á estar bajo su dependencia. Para librarse de ella idearon un medio: tal era, al salir de París (lo que los unos y los otros creían inevitable), retirarse, no por el Norte hacia Lille ó Dunkerque, sino por el Oeste hacia Angers, Nantes y la Rochela, encaminándose á la Vendée en medio de los viejos soldados del realismo que desde hacía diez meses habían vuelto á tomar las armas. Allí se figuraban poder reunir cincuenta mil hombres, los que apoyados en Nantes, la Rochela y Burdeos, recibiendo socorros en dinero y en material de los ingleses, podrían sostenerse mucho tiempo, se atraerían una parte de las fuerzas del usurpador, y darían á la Europa, sin apariencia de complicidad con ella, el tiempo necesario para resolver fundamentalmente la cuestión entre el Rhin y el Sena. Ya el duque de Borbón había partido con dirección á Tours y Angers, y no se dudaba que lograra agitar la Vendée en favor de su causa. Se sabía que en Burdeos el duque y la duquesa de Angulema habían excitado los más vivos impulsos de entusiasmo, y se consideraba el asilo del Oeste tan seguro como honoroso, porque en fin, aún suponiendo que fueran atacados en este asilo, tenían el mar para fugarse y volver á Inglaterra de donde habían venido.

No cabe duda de que podían alegar razones muy especiosas en favor de este plan, pero tan impopular era el apoyo de los chuanes como el del extranjero, y entre estas dos impopularidades era difícil la elección. Así, pues, Mr. de Montesquiou, contradictor habitual de Mr. de Vitrolles, decía con el tono de un hombre importunado por estúpidos consejos: «¡Desengañaos, el rey de los chuanes no será nunca el rey de los franceses!» A lo que respondía Mr. de Vitrolles que el de los austriacos, los ingleses ó los rusos no tenía mayores probabilidades de llegar á serlo. Estos dos personajes experimentaban tal antipatía el uno hacia el otro, que no podían ni verse, y siempre estaban dispuestos á ultrajarse; Mr. de Vitrolles, indicando con bastante claridad que miraba á Mr. de Montesquiou como á un abate de corte tan impertinente como ligero, y Mr. de Montesquiou calificando á su vez á Mr. de Vitrolles de enredador violento, tan cargante como peligroso.

Desechado el sistema de concesiones, Mr. de Montesquiou no veía más recurso que el de retirarse hacia la frontera del Norte, es decir, á Dunkerque ó á Lille; permanecer en una de estas dos plazas sin abandonar el suelo francés, y dejar que se verificase el duelo de Napoleón con la Europa sin tomar parte en él. Este era el consejo que el duque de Orleans, que el mariscal Macdonald, que todos los hombres sabios habían dado á Luis XVIII, si era preciso, como todo lo anunciaba, abandonar la capital y entregarla á Napoleón. Pero este proyecto no agradaba al viejo monarca mucho más que el de refugiarse en la Vendée. Salir de París era para la pereza de Luis XVIII una resolución soberanamente desagradable, y todo plan fundado en cambiar de residencia le era odioso. Encaminarse á la Vendée á guerrear, le parecía una determinación propia de aventureros, que no convenía ni á su edad ni á su salud ni á su dignidad. Escoger una plaza fuerte para buscar en ella asilo no lo creía apenas posible, porque para esto necesitaba primero una plaza adicta, después una guarnición que la

defendiese bien, y los tres ó cuatro mil jinetes á que iba á quedarse reducida su servidumbre militar cuando abandonase á París no eran una guarnición suficiente para una ciudad como Lille, cuya defensa exigía por lo menos doce ó quince mil hombres de la mejor infantería. Por último, verse sitiado en una fortaleza para tener que acabar por rendirse, era á sus ojos una suerte sumamente ridícula.

Lo que más le agradaba era París y á falta de París Londres; pero con su disposición para la inercia, permanecer en las Tullerías hasta el último momento era en el fondo su resolución secreta, porque no auguraba buenos resultados de una nueva emigración. «La primera vez, decía, nos han recibido bien porque se achacaban nuestros reveses á la grande é irresistible catástrofe de la revolución; pero ahora lo juzgarán efecto de nuestros desaciertos y nos tratarán como á personas inhábiles y como á huéspedes importunos.» Quería, pues, esperar hasta la última hora, dejando que le propusieran sin aceptar nada, y encargando á Mr. de Blacas la misión ingrata de oponer objeción tras objeción á las proposiciones que no le agradaban.

En medio de esta corte tumultuosa, en la que los autores de los proyectos encontraban tan pronto la mirada distraída é irónica del rey como las secas negativas de Mr. de Blacas, había un personaje incapaz de permanecer tranquilo en una coyuntura tan grave: este personaje era el mariscal Marmont. Ligero, vano, agitado, gran promovedor de apuros como de costumbre, llamado á mandar la servidumbre militar del rey en aquella ocasión y mereciéndolo por su rara bravura, quería también salvar al monarca y pretendía haber encontrado el medio de lograrlo. Tropezando siempre con la frialdad poco estimulante de Mr. de Blacas, concibió hacia este ministro el odio más vivo, y sin formar precisamente al lado de los exagerados, achacaba á su influencia todas las desgracias de la monarquía. Llevó su imprudencia hasta el punto de proponer á Mr. de Vitrolles el medio de apoderarse de Mr. de Blacas para separarle del rey, en seguida del gobierno, y salvar al trono sin Mr. de Blacas y hasta sin la cooperación del rey. Su plan, cuando él y Mr. de Vitrolles se hubiesen investido con el poder, consistía en fortificar las Tullerías, en reunir allí víveres y municiones, encerrarse detrás de sus muros con todos los realistas fieles y esperar á Napoleón, poniéndole en el aprieto sin duda muy grande de sitiar á un anciano rey en su palacio y acaso de bombardearle en medio de la indignación universal. Mr. de Vitrolles le respondió que el tiempo de los raptos de los favoritos había concluído con los mismos favoritos, que Mr. de Blacas no lo era, y que sin lograr salvar al rey se daría un espectáculo tan odioso como ridículo. Luis XVIII, que escuchó de los labios del mariscal Marmont la confianza de la segunda parte de su plan, le dijo con acento poco lisonjero: «Me proponéis la silla curul: esa idea es por lo menos tan antigua como todas las que se echan en cara á mis pobres emigrados.»

En toda situación desesperada se recurre con gusto á los empíricos, y se dirigieron por última vez á Mr. Fouché, para obtener de él, á falta de concurso, por lo menos un buen consejo; porque, como hemos dicho, entre la confusión de recurrir á un regicida ó la de hacer concesiones á los constitucionales, preferían lo primero.

Se encargó, pues, á Mr. Dambray que viese á Mr. Fouché y hablase con él en nombre de Luis XVIII. Monsieur Fouché tenía tal afición á las intrigas, que después de haberse comprometido contra los Borbones hasta el punto de haber excitado por sí mismo á los hermanos Lallemand á que emprendiesen de nuevo su loca tentativa, gozaba todavía en encontrar al canciller de Luis XVIII, en escuchar proposiciones y en responder á ellas. Preguntándole Mr. Dambray en nombre del rey su opinión y pidiéndole sus consejos, lo que indicaba bastante que estaban prontos á aceptar al concurso, dijo lo que todo el mundo sabía: que era demasiado tarde; que una vez dado el impulso, todo el ejército le seguiría sin exclusión de un solo hombre; que Napoleón llegaría á París antes de ocho días; que no debía la corte hacer más que retirarse, y colocar al rey fuera de peligro para esperar en seguridad los sucesos ulteriores. Clamando Mr. Dambray contra estas desoladoras profecías, y dando á entender que si Mr. Fouché las preveía era porque acaso en el fondo las deseaba, éste, con una mezcla de impudencia y de vanidad sin igual, le respondió que, por su parte, sentía la vuelta de Napoleón tanto como los mismos realistas, pero que se resignaba á sufrir una prueba que había llegado á ser inevitable; que si los Borbones hubieran seguido sus consejos menos tardíamente, hubiera evitado á ellos y á la Francia aquella nueva y peligrosa crisis, pero que ya no era tiempo de evitarla; que para pasar por ella con felicidad era necesario contribuir á ella, razón por la cual no debería causar admiración que él, duque de Otranto, llegase á ser al cabo de algunos días ministro de Napoleón; que se prestaría á serlo para libertarse de su tiranía y acelerar su caída; y últimamente que sólo hallaba este medio de salvación, y que entonces, acaso al verse desembarazado del loco furioso, podría hacer en favor de los Borbones lo que en aquel momento no se hallaba en la posibilidad de realizar.

No se sabe de qué asombrarse más, si del cinismo de tales confesiones, de la imprudencia de semejantes confianzas, ó de la puerilidad de un orgullo que creía prever y dominar desde tan lejos los acontecimientos. Mr. Dambray se fió de estas falsas apariencias de político profundo y se separó de su interlocutor, consternado, anonadado por su pretendida superioridad. Dió parte de cuanto había oído al rey y al conde de Artois, los que se disgustaron, el último sobre todo, por haber recurrido tan tarde al genio de Mr. Fouché. Sin embargo, su negativa en corresponder á los deseos de la corte pareció sospechosa, y se pensó que toda vez que rechazaba indicaciones que eran verdaderos ofrecimientos, era porque estaba resueltamente comprometido con el enemigo. No pudiendo contar con él, era preciso inutilizarle y apoderarse de su persona. La policía exagerada de Mr. de Bourrienne no podía ser disuadida de llevar á cabo esta determinación ni por su buen sentido ni por sus escrúpulos, y envió agentes para prender al duque de Otranto. Esto era una extravagancia inútil que en todo caso no debían tratar de verificarla sin asegurar su éxito. Pero Mr. Fouché, que al mezclarse en todo tenía al menos el talento de esperar todas las consecuencias, se había arreglado un retiro en el palacio de la reina Hortensia contiguo á su habitación, y pretextando á los agentes que fueron á prenderle tener

necesidad de dejarlos por algunos minutos, se escapó de sus manos por el jardín.

Esta aventura hubiera dado mucho que reír si la situación hubiera sido menos grave. El 19 por la mañana llegó la noticia de que Napoleón iba á entrar á Fontainebleau, y este era el momento extremo que Luis XVIII había designado para resolverse á tomar un partido. Con sus opiniones y sus gustos apenas podía escoger. Con efecto, era demasiado tarde para recurrir al partido constitucional á cuyos jefes principales conocía poco, y á los que aun cuando hubiera depositado en ellos su confianza, no hubiera podido encomendar su salvación sin excitar la cólera de su partido hasta un punto que su valor no podía soportar. Por otra parte, juzgaba ridículo el proyecto del mariscal Marmont de arrostrar un sitio en las Tullerías, y encontraba el de Mr. de Vitrolles de retirarse á la Vendée digno del conde de Artois y con esto lo decía todo. No le quedaba, pues, más recurso que dirigirse á la frontera del Norte sin traspasarla. Este último proyecto, que era el del duque de Orleans y el del mariscal Macdonald, estaba más conforme con su espíritu de prudencia, y le prefería con mucho á los demás. El duque de Orleans se había dirigido á Flandes. El mariscal Macdonald, destinado á mandar el ejército de Melún á las órdenes del duque de Berry, se hallaba en París, y Luis XVIII tenía en gran estimación su prudencia, su aplomo y su lealtad. Le llamó á su lado para saber su opinión, y el mariscal, ocupado en formar el ejército de Melún, le declaró que este ejército no le inspiraba ninguna confianza; que la servidumbre militar adicta, valiente, pero nada experimentada, no podría luchar dos horas contra las tropas imperiales; que los batallones voluntarios de la milicia nacional eran casi inútiles por el escaso número de alistados, y por último que las tropas de línea se pasarían al enemigo en cuanto estuvieran de él á la distancia de un tiro de cañón. Sus disposiciones eran de por sí tan poco tranquilizadoras, que el mariscal no se había atrevido á reunir las en Melún por miedo de que al verse juntos unos con otros estallasen sus ocultos sentimientos.

Así, pues, sólo había enviado á este punto á los oficiales de reemplazo, formados en batallones escogidos por el mariscal Soult, los cuales manifestaban los más desastrosos propósitos y amenazaban á cada instante con insurreccionarse. De esta sincera exposición de hechos el mariscal había deducido que sería necesario retirarse á Lille, encerrarse en esta plaza y esperar en ella el resultado de la lucha que iba á trabarse entre la Europa y el imperio restablecido. El rey halló muy sensato el dictamen del mariscal y se adhirió á él por completo. Lo único que creía es que no fuese más fácil permanecer en Lille que en París, y su deseo era sencillamente el de encaminarse á su asilo de Hartwell, donde había disfrutado durante seis años de un completo reposo, y donde temía verse obligado á terminar su vida, gracias á las torpezas de sus amigos y de su hermano. Por lo demás, como Lille era camino de Londres y como después era mejor quedarse en la frontera si se podía, adoptó el plan del mariscal y le ordenó que preparase su ejecución. Pero una inquietud le preocupaba, y el mariscal no dejaba de participar de ella en cierto modo. La memoria, esta peligrosa facultad



de los Borbones, le recordaba que Luis XVI, tratando de fugarse había sido detenido en Varennes y conducido á la fuerza á París. Tenía, pues, que una conmoción popular, excitada por los agentes de los arrabales y por los oficiales de reemplazo, detuviese su carruaje y se opusiese á su partida. Participando de estos temores el mariscal, convino en que sería oportuno enviar las tropas á Villejuif, so pretexto de su formación en cuerpos de ejército, y después de haberse librado de su presencia, reunir la servidumbre militar en el Campo de Marte so pretexto, igualmente plausible, de pasarla revista, conducir la familia real en medio de ella, después atravesar bruscamente el Sena, tomar el camino de la Revolte y llegar por Saint-Denis al camino del Norte.

El rey aceptó todos los detalles de la proposición del mariscal Macdonald, no confió ninguno de sus proyectos al mariscal Marmont, de cuya indiscreción desconfiaba, y no dió á este último más órdenes que la de tener preparada siempre la servidumbre militar y dispuesta para ir á combatir.

Las cosas habían llegado á tal punto en la mañana del 19, que nadie se ocupaba en contradecir, en emitir proyectos, y con la perspectiva de ver entrar en París al cabo de veinticuatro horas á Napoleón, cada cual no pensaba más que en librarse de su ferocidad, que se imaginaban según el odio que le tenían. Luis XVIII se hallaba, pues, desembarazado de sus contradictores, y en cuanto á su hermano el conde de Artois y á su sobrino el duque de Berry, la evidencia del peligro no les dejaba abrigar otro dictamen que el suyo; así es que todo fué dispuesto el 19 por la mañana para partir durante el día ó por la noche, cuando no hubiese ya ninguna duda de la proximidad de Napoleón.

Con arreglo al proyecto convenido, el mariscal Macdonald dirigió inmediatamente las tropas á Villejuif, encaminó á Vincennes los voluntarios realistas mandados por Mr. de Viomesnil, y anunció que iría con los príncipes á Villejuif para encargarse del mando del ejército. Estas disposiciones y los rumores de ellas que se hicieron circular, tenían por objeto engañar á la gran masa del público; pero no se ocultó á la corte que era necesario prepararse á abandonar á París, por cuya razón partieron durante el día muchas personas deseosas de ponerse en salvo. Tenían necesidad de dinero, y con un ministro tan escrupuloso como Mr. Louis era difícil obtenerlo. Sin embargo, lograron adquirirlo sin traspasar los límites regulares, porque no habiéndose dispuesto aún del crédito extraordinario realizado ya y destinado para la pensión de la real casa, contaba con cerca de seis millones en acciones de Banco, que se tuvo cuidado en realizar desde algunos días antes del de la partida. La pensión regia se constituyó en deudora del tesoro extraordinario y convirtió las acciones en oro y plata. Como se hallaban al principio del año, la pensión, que era considerable, podía tomar un anticipo de muchos millones, y de este modo se procuraron cinco ó seis más, con lo que llegaron á reunir de once á doce millones. De esta cantidad se confiaron cuatro millones al tesoro de la servidumbre militar del rey, y cerca de tres á Mr. de Blacas para gastos de la servidumbre civil. Se distribuyeron algunos millones entre los príncipes, los principales señores de la corte y los generales

que debían acompañar á la familia real (1), y después se colocaron en furgones los diamantes de la corona para hacer que siguiesen á la monarquía fugitiva, en lo que no obraron con tanta rectitud. Creyendo que en el terreno político nada tenían que hacer no hicieron nada, y se contentaron con prescribir á los ministros que siguiesen al rey, pero no dirigieron ninguna comunicación á las cámaras.

Hallándose el duque de Angulema y su esposa en el Mediodía, donde se demostraba un excesivo interés en favor de la causa del trono, y habiéndose dirigido por su parte el duque de Borbón á la Vendée, se acordó que Mr. de Vitrolles, que había contado siempre con las provincias del Oeste, fuera á ellas para servir de ministro responsable al duque de Angulema ó al duque de Borbón, tratando de crear en estas comarcas un gobierno particular bajo la autoridad de los dos príncipes. El rey le había dado sus poderes, y debía encaminarse hacia el Mediodía en el momento en que la familia real se dirigiese hacia el Norte.

Durante todo el día 19, una multitud inquieta, curiosa y con visibles muestras de benevolencia, llenaba la plaza del Carrousel, observando los coches que entraban y salían, y recelando en vista de las desapariciones que habían notado en el *faubourg San Germán*, que se repitiesen otras más importantes y sin pérdida de tiempo en las Tullerías. Esta multitud, por más que entre ella se ocultasen algunos oficiales de reemplazo que habían acudido á observar lo que pasaba, manifestaba un verdadero interés por la familia real y gritaba de cuando en cuando *¡viva el rey!* En este mismo día Mr. Lainé fué á palacio en representación del partido constitucional á renovar por última vez el ofrecimiento de intentar alguna resistencia poniendo al frente de la milicia nacional á Mr. de Lafayette. Fué acogido con amabilidad; pero no le anunciaron la próxima partida de la corte, dejándole entrever que era ya tarde para poner en ejecución cualquier proyecto que no fuese el que tan cuidadosamente le ocultaban. En las primeras horas de la tarde, el rey, de acuerdo con el mariscal Macdonald, quiso hacer una primera salida para sondear las disposiciones del pueblo y ver si podría abandonar la capital sin obstáculo alguno. El mariscal Marmont recibió la orden de formar á la servidumbre militar de palacio en el Campo de Marte, lo que, ordenado de improviso, no pudo ejecutarse más que parcialmente. Sin embargo, la mayor parte de las fuerzas inmediatas al trono acudieron al llamamiento, y se dispuso que el rey con pretexto de pasarlas revista saldría de las Tullerías, volvería á palacio si el aspecto de la población le parecía pacífico y si, por el contrario, era alarmante, atravesaría el Sena por el puente de Jena, y por el bosque de Boulogne saldría al camino de Saint-Denis acompañado de sus guardias de corps.

Con efecto, abandonó las Tullerías entre las dos y las tres de la tarde, y encontró la multitud que había en el Carrousel curiosa pero pacífica, hasta amigable, y separándose con respeto para abrirle camino. Se dirigió al campo de Marte, notó en todas partes una gran tranquilidad, y volvió á palacio con intención de no

(1) La cuenta de estas sumas, hecha con mucha regularidad, existe en los archivos del imperio. (N. del A.)

partir hasta por la noche, pudiendo de este modo hacer mejor todos sus preparativos de marcha.

A la caída de la tarde se tuvo noticia de que Napoleón se acercaba á Fontainebleau, y desde entonces no se dudó de que al día siguiente entraría en París; por consiguiente resolvieron no diferir la partida. Habiéndose dispersado poco á poco la multitud de curiosos, á las once de la noche se cerró la verja de las Tullerías, y toda la familia real montó en los coches que estaban preparados, dirigiéndose hacia Saint-Denis, sin hallar á su paso ni resistencia ni curiosidad, porque á aquella hora las calles de la capital se encontraban enteramente desiertas. El mariscal Macdonald ordenó á las tropas que no habían salido todavía para Villejuif que tomasen el camino de Saint-Denis, porque no tenía la menor esperanza de poderlas librar del contagio y de conservarlas adictas al trono. A las doce de la noche pasaron los fugitivos por Saint-Denis sin haber experimentado otro accidente que algunos gritos inoportunos de un batallón de oficiales de reemplazo que caminaba en su misma dirección. Así, pues, después de once meses, la desventurada familia de los Borbones, menos por culpa suya que por la de sus amigos, emprendía por segunda vez el camino del destierro.

Al día siguiente, 20 de marzo, cuando el sol iluminó la soledad de las Tullerías, reinaba una gran ansiedad entre los curiosos que habían acudido como en la víspera á enterarse de todo lo que ocurría. Todavía se veían criados con librea, pero no se hallaba ni un oficial, ni tan siquiera un guardia de corps, y solamente estaban colocados como de costumbre en la parte exterior los cuerpos de guardia de la milicia nacional. La bandera blanca ondeaba siempre sobre la torre principal, se oían alguna vez que otra gritos de *¡viva el rey!*; pero nadie se atrevía á gritar *¡viva el emperador!*, por más que entre los curiosos hubiese muchos oficiales de reemplazo. El fatal secreto no tardó en divulgarse, y llenó todo París con la rapidez de la electricidad. Los principales personajes de los partidos, informados los primeros, corrieron á comunicarse la noticia los unos á los otros, los realistas con desesperación, los constitucionales con disgusto de haber sido burlados y de haberse comprometido inútilmente, y los jefes del partido bonapartista con una alegría muy natural, porque después del frustrado arresto de Mr. Fouché habían vivido en una continua inquietud, y aun entonces no podían desprenderse de cierto temor que les asaltaba, porque hasta que Napoleón ocupase las Tullerías nada les parecía decidido ni seguro. Algunos de ellos fueron á casa del anciano Cambaceres para preguntarle lo que debían hacer; y les recomendó expresamente que no se anticipasen en nada á la voluntad de Napoleón, quien se incomodaría con cualquiera que hubiese querido obrar antes que él y sin su orden. Cuando le hablaron de las cajas públicas, de los correos, de todo lo que era necesario salvar de un desorden popular: «No os mezcléis en esos asuntos, les dijo; todo menos querer suplir la autoridad del emperador.» Esto era el antiguo imperio, pero el nuevo apenas podía asemejarsele.

Mr. Lavallette quiso, sin embargo, ir á la dirección de Correos, que había desempeñado durante tanto tiempo, únicamente para averiguar noticias, ignorando que de este modo preparaba le sentencia de muerte que debía

caer sobre él más tarde. Al verle, los empleados se agruparon en torno suyo, le suplicaron que se pusiese al frente de la dirección y Mr. Ferrand, el director en ejercicio de Luis XVIII, le rogó con insistencia que le reemplazase, firmándole un permiso para que en las casas de postas le facilitasen caballos. Este viejo realista, persuadido de que los Borbones habían sucumbido no por el peso de sus faltas sino por una conspiración, se confirmó en su creencia al ver presentarse á Mr. Lavallette, cuya presencia en la dirección era, sin embargo, sumamente casual. Mr. de Lavallette, ajeno á toda clase de conspiración, aun hasta la de los hermanos Lallemand, se limitó á enviar un correo á Fontainebleau para participar á Napoleón la evacuación de las Tullerías.

Al saber esta noticia, los jóvenes oficiales que hacía un año llenaban París con sus frases satíricas y su oposición, se dirigieron á la plaza del Carrousel en número de algunos miles. El general Exelmans fué uno de los primeros que se presentaron. Después de examinar por espacio de algún tiempo el palacio desierto y silencioso sobre el que aún ondeaba la bandera blanca, penetraron en él, hallaron á los criados muy dispuestos á franquearles las puertas y mandaron quitar la bandera blanca y enarbolar el pabellón tricolor en medio de la alegría de los asistentes á esta solemne escena. En seguida se diseminaron por todo París para buscar á los antiguos ministros, á los antiguos dignatarios del imperio, Mr. de Basano, Mr. de Rovigo, Mr. Decrés, monsieur Mollién, Mr. Gaudin, la reina Hortensia y la antigua reina de España esposa de José Bonaparte. El palacio se llenó en un instante de servidores del imperio que esperaban con impaciencia á su señor, y un crecido número de militares salieron á su encuentro, dirigiéndose por el camino de Fontainebleau.

Napoleón, que había llegado la noche anterior á Fontainebleau, descansó algunas horas en este punto para esperar á su caballería, y no tardó en recibir el correo de Mr. Lavallette ni en ver al mismo Mr. de Caulaincourt, que acudió á su encuentro en la primera silla de posta que pudo procurarse. Napoleón abrió sus brazos á este leal servidor y le tuvo estrechado en ellos durante mucho tiempo, resolviéndose á partir sin perder un momento para entrar en París por la mañana y apoderarse del gobierno inmediatamente. Por lo demás el 20 de marzo era el aniversario del nacimiento de su hijo y le dominaba la superstición de los aniversarios, superstición generalizada entre los que habiendo pedido mucho á la fortuna han alcanzado muchos favores de ella.

Después de dar algunas órdenes relativas á la marcha de las tropas, salió de Fontainebleau á las dos de la madrugada en silla de posta, llevando consigo á monsieur de Caulaincourt y á sus fieles compañeros Bertrand y Drouot. Cerca de Villejuif vió correr hacia él la mayor parte de las fuerzas destinadas á formar el ejército de Melún. El estado mayor de este ejército se dirigió, como hemos dicho, hacia Saint-Denis. Los soldados quedaron, pues, sin jefes, y esto no hacía más que facilitarles los medios de seguir el impulso de sus sentimientos. Napoleón, después de recibir el testimonio de su entusiasmo, continuó su viaje escoltado por una multitud de oficiales de caballería pertenecientes á todos los regimientos. Retrasando su marcha esta multitud, no pudo entrar en París hasta las nueve de la